



Carmela y el río

José Giménez Corbatón
Escritor

Era naturalmente bueno, brusco y extravagante. No creía en Dios ni en la ciencia; casi no creía en la vida. «Vamos como sonámbulos», solía decir. Para él, todo se reducía a un inmenso espectáculo, absurdo siempre, maravilloso a veces, en el que se sentía incluido sin saber cómo, ni por qué, ni para qué. La vida no era más que eso, y estar vivo, reflejarla como los ríos el paisaje, pero sin ese temblor íntimo del agua que quiebra blandamente la gracia de los chopos, la serenidad de los montes...

José Ramón Arana: *El cura de Almuniaced*

UNA pasión sólo puede ser atenuada, matizada, aplacada, por otra de naturaleza parecida. Y al cabo suele descubrirse que la nueva es idéntica, la misma, a la que en apariencia ha sido subyugada. Apenas añade nada nuevo. O eso parece.

La sustitución se reduce pues a una quimera. En el principio. Pese a ello, Carmela, a la misma hora de siempre, cruzó el umbral de la casa, rodeó el portalón de las máquinas y caminó encima de la cárcava por donde se escupía el agua que, después de remover las turbinas, volvía al río del que nacía.

Enfiló la senda que había recorrido durante años. Ocho años. Caminó por encima de las choperas que respunteaban el río en aquel tramo. Subió la pequeña pendiente que después se desplomaba sobre la cascada del Latonar. Miró el viejo olivo cuya hendidura tantas veces la había cobijado, pero esta vez no se detuvo. Tenía prisa. Trepó hasta el Salto de la Zorra sin detenerse a medir el abismo. Cruzó entre las grandes piedras que muchos años atrás –siglos, le había dicho un día su padre– se habían desprendido sepultando –cuentan– un buen puñado de ovejas, y hasta al pastor mismo.

—Nunca los encontraron. Ni rastro alguno.

Más choperas. El cauce del río descendía, se ensanchaba. El desfiladero de rochas se abría. El dictador había anunciado un pantano que, leguas más abajo, anegaría bancales, huertas, masadas. Pero el dictador había muerto hacía poco más de un año en una ciudad lejana que se llamaba París.

—Dios, a veces, es justo –le había dicho su padre, antes de morir él a su vez pocas semanas después que el dictador.

Aquel año todo volvía a venir torcido. María, su madre, bastante tenía con la barahúnda de críos –Carmela era de los mayores–. Y, entre ellos, una ciega. Nadie sabía por qué había nacido así, los ojos bien abiertos a la oscuridad. Dos hijos mayores trabajaban en la central. Otro arrastraba madera. Una hija, en Barcelona, vivía con un estibador del puerto. No traía nada pero tampoco gastaba. Pero quedaban la ciega, Carmela y la pequeña María. Carmela tenía catorce años, los acababa de cumplir. Doña Paula, la maestra, lo había dejado claro: no podía seguir asistiendo a la escuela. Carmela había llorado hasta convencerla durante dos o tres semanas para que no le

...

en la página anterior

Camino Natural del Río Guadalaviar. Teruel. Aragón

El Camino Natural del Río Guadalaviar introduce al caminante en un lecho encajado, agreste y tupido, semejante, en ciertos aspectos, a los cortados que labra el también turolense río Guadalope, protagonista del relato de José Giménez Corbatón



cerrara la puerta. No le había dicho nada a su madre el día anterior.

Salía de las choperas, dejaba a un lado el río y seguía el camino que dejaba a un lado el barrio de La Algecira. Poco después entró en el pueblo, como venía haciendo cada mañana desde hacía ocho años.

Delante de la escuela estaba el poyo de los Sarmientos. Se sentó, puso la cartera en las rodillas y cruzó los brazos. Olió la recién estrenada primavera. Doña Paula apenas la miró. Moviò la cabeza y cerró la puerta detrás del último niño. Nadie le había dirigido la palabra.

Podía oír los murmullos de la clase.

—Quiero ser maestra, doña Paula.

—Quiero ser maestra, madre.

Las dos la habían mirado con la misma tristeza.

Se acercaba la hora del recreo. Carmela hurgó en la cartera y sacó la rebanada de pan untada con aceite y sal y el trozo de queso. Se puso de pie, dio unos pasos hasta la plaza y, mientras comía, bebió dos veces agua de la fuente. Algunas mujeres la miraban desde las ventanas. Oyó los pasos de un mulo que subía de las huertas, con el amo tras los pasos. La dueña de la tienda barría la entrada y fue la única en hablarle:

—Vuelve a casa y ayuda a tu madre, Carmela, que buena falta le hace.

La chica no contestó. Regresó al poyo de los Sarmientos. Entonces vinieron tres hombres, el nuevo alcalde y dos más que sólo conocía de vista. Traían una bandera nueva. Quitaron la que siempre había estado en la escuela y pusieron la suya, que tenía una franja morada.

—El rey se fue hace unos días, Carmela. ¿Qué haces ahí? —le preguntó el alcalde.

—Estoy almorzando.

—Todo va a ir mejor, chiquilla.

Ahora seguía la senda del río desde arriba, mirando el río abajo, y desde abajo, mirando, hacia arriba, la senda. Los albores de la vida eran el río y la senda. Pensaba en cuántas vidas antes que la suya habían hollado la misma senda, habían gozado el *temblor íntimo del agua que quiebra blandamente la gracia de los chopos, la serenidad de los montes* en cuya mitad discurría y se retorció la senda. Oía, lejos, los clamores de la nueva era. Ya no emprendía el camino sola. Pastoreaba a su hermana ciega. Con el buen tiempo, la descalzaba y dejaba que paseara por el agua fresca que bañaba las orillas de la rambla. La niña se alejaba poco. Se agachaba, cogía piedras blancas que no veía pero acariciaba con sus dedos muy finos. A veces las acompañaba también María, pero era muy pequeña y distraía la atención de Carmela, siempre pendiente de Charo.

—Charo, vuelve, no entres tanto.

—Quiero mojarme las piernas.

—Pues date agua con las manos.

—¿Cuándo iremos por la senda? Quiero oler el río desde arriba.

Así descubrió Carmela que el río abajo, la senda arriba, dibujaban los mismos albores en su hermana ciega que en ella, que lo veía todo con los ojos.

Un día oyeron juntas los clamores de la nueva era.

—Me ha dicho el alcalde que ahora podré ser maestra.

—Y a mí que iré a un colegio para los que no ven, como yo.

Río abajo, río arriba, el agua dibujaba estelas en las piernas de Charo, reflejaba destellos de plata en las rodillas de Carmela, que no levantaba más arriba su falda. El correteo de los niños en la escuela, que había quedado tan atrás, parecía redivivo entre los zigzagueantes dibujos de los peces. Las truchas, moteadas de oro y de sangre, dominaban las aguas más profundas y frías. Las madrillas escardaban el cauce de limo en bancos nerviosos, masivos, abriéndose paso en laberintos que siempre abocaban al mismo punto de partida. Los barbos, heridos de

...

en la página anterior

Camino Natural del Río Guadalaviar. Teruel. Aragón

Guadalupe y Guadalaviar son hidrónimos de etimología árabe; el primero significa «río del lobo» y el segundo, «río blanco»



gris plateado, espeso, parecían observarlo todo con el zaherimiento de los excluidos.

Abajo, muy abajo, más allá del agua hacia la honda superficie del cauce, Charo acertó a oír la voz profunda del torrente.

—¿Qué dices? —le preguntaba su hermana.

—Nada.

—¿Nada?

—El espíritu del agua.

Lejos, en el patio de la escuela, el estallido de las risas acunaba la sombra de Carmela, sentada en el poyo de los Sarmientos, y el silencio sin luz de su hermana, aferrada a su brazo, inundada del júbilo de los peces.

Carmela sobrepasa La Algecira. Sigue el camino presurosa, ni siquiera vuelve los ojos hacia el barrio. No quiere ver nada. Lo ha visto todo. Así lo cree. Así lo creerá ya siempre. Recorre la senda que cruza la primera chopera. Otra primavera. Antes de subir el Salto de la Zorra, después de pasar las piedras desprendidas, se acerca a la rambla del río donde su hermana oía el trepidar de la vida. Camina, descalza, hasta la poza donde en verano se bañaba, antes de que cayera la noche, envuelta en los ojos muertos de su hermana. Se quita la ropa, como entonces. Entra en el agua. Lo hace despacio, y el frío asciende por su cuerpo como un rubor esencial. Pasa las palmas de las manos por los muslos, por el vello que disimula su sexo, por el vientre, por los pechos. Se quiere lavar los dardos clavados de los soldados, las heridas de unos ojos vivos que la desnudan, atravesándola, perforándola, ensuciándola. A sus risas prefiere el silencio sonoro de los peces. Se sumerge entera, retiene el

aire, aguanta, aguanta. Quiere oír la voz profunda, cadenciosa, del espíritu del agua.

—¡Mujer! —la han llamado.

—¡Ven aquí, mujer! ¡Espera! —le han gritado.

La seguían con la vieja bandera que han vuelto a colgar de la fachada de la escuela.

—¡Ven, mujer, saluda o...!

Se queda quieta, flota, extiende los brazos, abre las piernas, y los peces acuden a su lado, abren sus bocas pequeñas, la acarician. Oscila. Gira. La voz, al fin.

Una pasión sólo puede ser atenuada, matizada, aplacada, por otra de naturaleza parecida. Y al cabo suele descubrirse que la nueva es idéntica, la misma, a la que en apariencia ha sido subyugada. Apenas añade nada nuevo. O eso parece.

La sustitución es una quimera. En el principio.

—Esa quimera vale la pena —se oye decir, Carmela, inerte en la superficie del agua. La senda, arriba, quieta también, la espera.

El hombre de la maquinilla la ha mirado, triste.

—No sé cuántas llevo hoy —le ha dicho.

Y le ha regalado una chocolatina.

Se la dará a su hermana Charo, que paseará las yemas de sus dedos por ella antes de llevarla a la boca. La olerá antes de saborearla.

Carmela se seca al sol último de la tarde. Un sol que no puede dañar su cabeza rapada.



...
en la página anterior
Nutria (*Lutra lutra*)

Como un auténtico «espíritu del agua», este mustélido acuático adquiere un protagonismo especial en Caminos Naturales que discurren al lado de cauces de montaña como los de Sort y la Vall d'Àssua y de l'Aigua, ambos en la provincia de Lleida (Cataluña) o el de la Sierra, en la de Cádiz (Andalucía)